

OBRAS COMPLETAS

DEL DOCTOR

DON JOSÉ DE LETAMENDI

VOLUMEN TERCERO

2.^a EDICIÓN

OBRAS COMPLETAS

DE

JOSÉ DE LETAMENDI

Decano de la Facultad de Medicina de la Universidad central,
Profesor numerario de Patología general con su Clínica y preliminares clínicos,
individuo numerario de la Real Academia de Medicina de Madrid,
Consejero de Instrucción pública, Vocal del Real Consejo de Sanidad,
condecorado con la cruz de primera clase de la Orden civil de Beneficencia,
antiguo Ayudante segundo y luego Ayudante primero de disección,
Sustituto permanente de Cátedras Anatómicas, Director de trabajos de disección y Museos,
y Catedrático de Anatomía (todo por oposición) de la Facultad de Medicina
de Barcelona (1847-1878).
autor laureado con el premio-Rubio por la obra de *Patología general*,
Vocal numerario de la Real Academia de Medicina de Barcelona (1857-78),
Socio de diversas Corporaciones científicas y literarias,
ex-Senador del Reino, etc., etc.

PUBLICADAS POR SU DISCÍPULO

RAFAEL FORNS

VOLUMEN TERCERO

2.^a EDICIÓN

DONATIU

DR. FARRERONS



MADRID

ESTABLECIMIENTO TIP.-LIT. DE F. RODRÍGUEZ OJEDA

MONTERA, NÚMERO 10

1907

REGISTRADA LA PROPIEDAD

SALUTACIÓN AL PRIMER CONGRESO MÉDICO-FARMACÉUTICO DE VALENCIA

SEÑORES: En la dura imposibilidad de corresponder, como el corazón me dicta, á la invitación con que he sido honrado para ir á tomar parte en las deliberaciones de vuestra respetable Asamblea, no quiero enfrenar mi natural impulso de enviaros, por las presentes líneas, una entusiasta felicitación; no ya tan sólo para alabar el intento y el éxito de un nuevo *Congreso Médico-farmacéutico nacional*, preparación indispensable para un día, con el debido prestigio, realizar otros de más amplia convocatoria, sino también, y muy señaladamente, para aplaudir que la hermosa Valencia dé con ello una prueba más de poseer las energías necesarias para anticiparse á la descentralización de derecho, ejercitando aquella otra que no se pide, sino que se toma por la fuerza viva de las costumbres, y preparando de este modo lo que llamaré «el turno pacífico de las capitales», en todas las grandes expansiones de la vida nacional.

Y gran cosa es que en España los territorios hoy pedazos de aquel famoso reino de Aragón, que enseñó á la entonces semibárbara Europa, cómo los hábitos de marinería mercante conducen á los esplendores de una marina de guerra, sean en nuestros días los que, por el ejemplo, induzcan á preparar, con la descentralización espontánea, un estado nacional de derecho formalmente descentralizador.

Véase, pues, mis respetables y estimados colegas, así Médicos como Farmaceutas, que si muy grandes alabanzas merece el Congreso que constituís, considerado como síntoma ó fenómeno ocurrido en nuestra vida profesional, mayores aún deben tributársele, interpretado como signo indicador del renacimiento social de nuestra querida España.

Ahora, si de las alturas de esta reflexión transcendental descendemos al particular asunto, objeto y fin de esa docta Asamblea, páreceme que la mejor contribución mía, ofrecida como arras de mi adhesión á vuestra noble empresa, será quizá el esbozo, á grandes rasgos, del cuadro de nuestra actual ignorancia, á fin de que las nuevas generaciones, antes se exciten viendo los fuertes obstáculos

á su avance interpuestos, que se enerven contemplando, vuelta la vista hacia atrás, lo mucho que, al parecer, llevamos adelantado. Y digo «al parecer», porque la verdad es una doncella que defiende su secreto tesoro, no sólo huyendo de sus amantes, sino además retardándoles su carrera con el hábil ardid de irles cediendo las ricas prendas y los valiosos dijes de su vestidura: que á esto se reducen, á envoltorios de la fugitiva, no á partes vivas de su divino cuerpo, las conquistas hasta el presente alcanzadas. Importa, pues, no caer en el engaño, é incitar á la juventud profesional á la persecución de la verdad; porque ella, mujer, al fin, si con tal huída y por tales engaños defiende su tesoro, no es por intento de no cederle, sino por voluntad expresa de reservarle para quien, por capaz de arrebatarlo, resulte digno de poseerlo y disfrutarlo. Por donde la Filosofía es, en el fondo, un gran alarde de virilidad del espíritu humano.

Hoy esa virilidad espiritual está puesta á prueba más que en época alguna. Pasaron los tiempos del fácil descubrir; resueltos ciento y un problemas secundarios, por la invención de cosas y hechos de fácil acceso á los sentidos y expedita aplicación á la práctica, no podemos dejar de reconocer que todo, sin embargo, lo poseemos, menos aquello que miles de años há perseguimos; y á juzgar por la valía de lo encontrado, y viendo que todo ello se reduce á meras vestiduras de la verdad apetecida, ni cabe ya mayor afán por conquistarla, ni cabe más clara conciencia de lo árduo de tal empresa.

Y precisamente en tan crítica ocasión, cuando el camino del progreso se presenta más áspero y abrupto, permite Dios que la Medicina española, tras dos siglos de fatal retraimiento, vuelva á la vida científica militante.

Quizá esta misma adversa coincidencia tenga algo de providencial. Dígolo, porque lo que nos falta conocer no ha de descubrirlo seguramente la acompasada piqueta de flemáticos obreros de otras razas, hasta hoy tenidas por árbritas de lo ignoto. Los problemas de actualidad, por lo fundamentales, exigen para su resolución mucho de genial y heroico, y esto cuadra grandemente á las aptitudes de nuestro carácter, tan dispuesto en toda cosa á los arranques de Bailén como á las tenacidades de Gerona.

De lo que tiempo á venir depare la suerte en tal empresa á los médicos españoles, Dios dirá; pero de la enormidad de los problemas cuya resolución se impone á la Medicina moderna, basta ser hombre para verla y explicarla.

En el orden biológico se nos aparece una serie de conocimientos

como puente sin estribos, como alfabeto sin *Alpha* y sin *Omega*. ¿Cuál es el elemento anatómico realmente fundamental? ¿Cuál es la estructura íntima de la corteza encefálica? He aquí los dos problemas de cuya solución pende el adelanto biológico ulterior. De lo primero, que se reduce á determinar la estribación del organismo en el mundo físico, no sabemos nada; de lo segundo, que se resuelve en descubrir la estribación de la sensibilidad en el mundo metafísico, lo ignoramos todo. De lo intermedio nada nos queda por conocer y utilizar en el orden empírico, pero de nada puede servirnos para elevar la ciencia al orden racional, que es la urgente necesidad de la biología contemporánea. De otra parte, ninguno de los dos problemas ofrece impedimento metafísico á su resolución; por el primero, no se trata de descubrir el *átomo* ó la *mónada material*, puro ente de razón que implica contradicción en los términos, sino la *mónada viviente*, la *biomeria elemental*, ser anatómico, no atómico, y, por ende, perceptible, á fuer de conjunto material, compuesto y complejo; y, por el segundo, no se intenta objetivar el alma ó la *mónada inmaterial*, ente inaccesible á los sentidos externos, sino de descubrir aquellos últimos y especialísimos aparatos donde se realizan, por modo inmediato, directo, los actos psico-físicos del pensamiento. Trataré, por tanto, de dos problemas humanamente resolubles, por más que en extremo arduos, y de cuya solución no vacilo en afirmar que estaría ya mucho más próxima, á no haberse opuesto á ello, como grandes rémoras, respecto al primero, la dichosa teoría celular, que, como *verdad de temporada*, ha influido en el ánimo de los investigadores durante más de medio siglo; y, respecto del segundo, el errado tradicional concepto de la *centralidad* del encéfalo, concepto que me cabe el honor de haber perentoriamente destruido.

Cuanto al descubrimiento de la *biomeria elemental* ó molécula viviente *per se*, é irreductible, creo que á donde el microscopio no consienta llegar, quizá alcance, en última instancia y con carácter más decisivo, la síntesis químico-orgánica. Porque lo cierto es que en el mundo científico, donde tanto abundan las protestas contra todo lo dogmático y autoritario, persiste una lamentable propensión á juzgar por ajena autoridad y á aceptar con servil reverencia falsos dogmas. Así, desde Harvey hasta Pasteur, una serie no interrumpida de Pontífices nos tienen prohibido el pensar en la posibilidad de una *generación espontánea*; y ello es que, si bien se mira, en contra de tal posibilidad, y en medio de tantas y tan positivas razones de hecho, no se ha aducido una sola de *derecho*, ó de imposibilidad natural ó artística, y lejos de ello, la síntesis químico-orgánica puede,

de avance en avance, obtenerla un día, hasta con sorpresa de su mismo inventor. ¿Qué es, en definitiva, la fecundación en general, sino una integración molecular congruente de la materia, viva en la forma substancial y prosperante por adecuado ambiente? Y aunque, en verdad, resulte maravilloso fenómeno el de la fecundación en los seres superiores, ¿háse visto bagatela igual á la de la integración químico-orgánica de la fecundación en los microfitos? No insisto en este orden de consideraciones, porque mi actual objeto no es demostrativo, sino sugestivo.

Por lo que dice al descubrimiento y determinación funcional del aparato *específicamente psico-físico* del encéfalo, sabido es que las investigaciones más recientes y adelantadas se deben á un benemérito profesor español; y si, como es de creer, por la dirección general de sus resultados, acaban éstos por hacer verdadera la profecía que en la esfera de los principios tiene hecha, años ha, otro compatriota vuestro, bien podrá suceder que al fin de la jornada resulten españoles, así el profeta como el Mesías de esa buena nueva. Ello es que el encéfalo, como último primor de la Naturaleza, como verdadero nexo, así en racionales como en irracionales, entre el mundo sensible ó de los fenómenos, y el ultra-sensible ó del ser en sí mismo; y, finalmente, como sublime máquina bajo cuyo juego se engendran sistemas de filosofía y penetran en la conciencia destellos de fe, para trocarse en alientos de esperanza en Dios, no es para interrogado por quien, falto de genio y de superior cultura, sea *incapaz de entender la respuesta*. De ahí mi confianza en el investigador aludido y en que el más arduo problema de la anatomía (porque en él se contiene el de la fisiología psíquica), será resuelto en nuestra patria. Ello fuera, en verdad, otra rendición de Granada.

Mas con resultar tan transcendentales los dos apuntados problemas, por la revolución honda y extensa que su solución ha de causar en todas las ciencias de aplicación biológica, no son los únicos que de un modo urgente interesan á nuestras profesiones.

Ciego ha de ser quien no vea que en la esfera de la medicina práctica están aún por llenar en debida forma, es decir, *cito, tuto et jucunde*, las dos capitales indicaciones: la de *sanar* al enfermo y la de *preservar* al sano. En el ideal de estas dos acciones de la medicina convenimos todos, médicos y profanos, sanos y dolientes, y convenimos de tiempo inmemorial y convendremos siempre.

El divino arquetipo formal y procesal de la cura, está en la simplicidad del «*Surge et ambula*»; á él han procurado aproximarse en su *método* curativo todos los sacerdocios, todas las magias de que la his-

toria da cuenta, todos los saludadores antiguos y modernos; á las apariencias de ello debió la homeopatía—haciendo aquí la más completa abstracción de su valor intrínseco—el repentino universal favor que de las gentes obtuvo, y finalmente, á lo que participa de los mecanismos de aquel divino arquetipo, debe hoy el *método sugestivo*, que en el fondo no es más que *una magia disciplinada por la ciencia*, los resultados positivos, y á las veces admirables, que obtiene. Y, ¿cómo no ha de ser esto así, siendo como es el hombre imagen y semejanza de Dios, y debiendo resultar la ciencia, como en todas sus aplicaciones resulta, un verdadero trasunto de aquella Magia del Gran Mago que por sólo su verbo puede dar sér á la nada y anonadar lo existente?

Ahora bien; si de esta soberana altura contemplamos el movimiento terapéutico moderno, y, viendo que su resultante general es la transformación de los tratamientos virtuales en operatorios, y que todo se va reduciendo á *cercenar* por impotencia de *sanar*, preguntamos al práctico más enamorado de lo actual y más nacido para obtener triunfos operatorios: «¿Qué te parece de la dirección que llevamos? ¿Reconoces que es contraria al ideal? ¿No te satisfaría más ver transformarse en igual progresión la acción quirúrgica en acción médica, el instrumento mutilatorio en una virtualidad sanatoria *cita, tuta et jucunda?*» De fijo que, sin más consejo interno que la claridad de entendimiento y la sinceridad de corazón, nos daría la afirmativa por respuesta.

Y esta es la verdad. Las grandes conquistas de la terapéutica operatoria moderna, realizadas á fuerza de anestesia, hemostasis y antisepsis, son gloriosas, sí, y muy dignas de admiración perpetua, pero lo son por el concepto que nos hace admirar hoy, en pleno dominio de la ciencia hidráulica, los acueductos romanos, por el concepto de monumentos erigidos por la voluntad, á despecho de la ignorancia.

El problema terapéutico, pues, el propiamente clínico ó sanativo, surge del mismo caos de la materia médica actual. Entre el farrago de viejos remedios, poderosos, pero descuidados, y el incesante pedrisco de remedios nuevos, peligrosos por mal conocidos, y, además, innecesarios (pues el éxito terapéutico es como el éxito pictórico, que no depende de la variedad de tintas preparadas, sino de la maestría del pintor en el manejo de los colores puros), surgen dos virtualidades que, apenas conocidas, por modo tan empírico que raya en industrial, revelan, por su estilo de obrar, que en ellas se esconde el secreto del *surge et ambula* de la medicina. Estas dos virtualidades son: la electricidad y la sugestión hipnótica. De la primera vería con gusto

que en nuestras escuelas fuera enseñada con excepcionales rigores, por ver si aparecía pronto un genio médico que, viendo como tal la suma simplicidad y parsimonia de los procesos morbosos, y sobreponiéndose, como físico, á preocupaciones electrológicas que si en nada empecen al progreso industrial, son fuerte rémora para el terapéutico, hiciese de las corrientes lo que ellas son en sí, una sola y única fuerza viva, capaz de imponerse, según su modo de aplicación, á toda suerte de relaciones moleculares, de suma, de resta y de calidad. Y donde quiera que por acaso no llegaran las virtudes electroterápicas, por ser la electricidad, al fin, una energía cósmica, y conviniere sanar mediante permutaciones de la voluntad como manifestación íntima subjetiva de la energía individual, ahí llegaría, después de asiduos y profundísimos estudios experimentales, la sugestión hipnótica, la cual, en definitiva, consiste en una administración de la energía individual del enfermo por el médico, dentro del principio de los equivalentes vitales y para un fin de sanidad.

Réstame tan sólo, para concluir, fijar los términos del gran problema preservativo.

En un siglo que va transcurrido desde el descubrimiento de la vacuna, y á pesar de los progresos bacteriológicos y de las diversas especies de inoculaciones preventivas, con varia suerte llevadas á la práctica, el problema de la preservación no ha sido resuelto *en principio*, que es lo que interesa para que la razón experimental se imponga al casuismo de la práctica y sea la inoculación preventiva un hecho científico y de utilidad incontestable.

Dos preocupaciones, en mi sentir, se habían opuesto hasta hoy al perentorio y legítimo planteo del problema. Una es la de que las *vacunas* debían preservar á perpetuidad; otra la de que su virtud era debida á los agentes vivos de la *linfa* inoculada. La primera de estas preocupaciones no tiene excusa; no pasa de mera ligereza de optimismo al servicio de la desidia; pero la segunda es ya falta de rigor científico en el discurrir. Porque si el agente infeccioso es un sencillo micrófito; sí, por tanto, no dispone, como ser viviente, de más medios de acción que sus *excreta*, ni éstos de más influencia que la molecular, ¿qué cosas son las vacunas sino agentes químicos *hipodinamizados* por la atenuación de sus productores los microbios mismos?

Reconozcamos, pues, como vacunas químicas por derecho propio todas las descubiertas y las por descubrir, y no habiendo para qué inventar lo existente, baste con acertar á conocerlo y aplicarlo, según su verdadera naturaleza.

Y á nadie arredre aquel meticoloso reparo de cómo se explica que un agente meramente químico induzca en el total organismo inoculado una efectiva y duradera inmunidad, porque tal perplegidad de ánimo arguye falta de meditación acerca de los fenómenos naturales. Cuando un hombre, advertido por un pequeño fracaso, nacido de irreflexión, queda inmune contra los daños graves de la misma especie, no creeremos que ha logrado esta inmunidad psíquica por sólo ser espíritu puro, sino por cuanto ciertas partes materiales de su encéfalo, sin las cuales ninguna potencia de un alma incorporada puede convertirse en acto, quedan, por el fracaso menor, modificadas y prontas á reiterar al sujeto su primitivo advertimiento. Y como sea evidente que del lado psíquico la memoria es la función fundamental del aperecibimiento, como de toda reiteración y enlace de ideas que en el tiempo realiza el sujeto, y sería imposible el recordar, como hecho de conciencia, si la materia cerebral no funcionase reiterando también, á través de semanas, meses, años, los movimientos un día comunicados por impresión, hay que reconocer en lo corpóreo, así físico, como químico, no *memoria*, base de la inmunidad moral, sino la función atómica congruente con el recordar, que es el *retener* y *mantener* una determinada forma de acción que, en un momento dado, le haya sido comunicada, variando en esta capacidad los cuerpos, según sean su propia naturaleza y la forma de la extraña sollicitación, á tal punto que, influenciadas por un solenoide ó frotadas con piedra imán una barra de hierro dulce y otra de hierro acerado, resultan, ésta, un cuerpo desmemoriado, y aquélla, un cuerpo muy memorioso.

Empero de tal mantenimiento de la virtualidad de un influjo, no es lícito concluir á su perpetuidad, porque hasta los más fuertes imanes se debilitan con el tiempo, y en lo que á medicina atañe, de toda enfermedad infecciosa cuyo ejercicio intenso determine inmunidad al parecer vitalicia, conócense casos auténticos de *doble* y hasta de *triple* reincidencia. Elevando acerca de esto el pensamiento, reconocemos en la Naturaleza dos contrapuestas universales tendencias, una esencialmente aristocrática, de escalas jerárquicas definidas, surgida del divino *Fiat*, como imperativo original de toda fuerza viva, y otra profundamente comunista igualitaria, tendencia siempre despierta al robo llamado *difusión*, y mantenida por la resistencia de la *nada real* ó *propé nihil* de San Agustín á la desigualdad de clases y fortunas. Así, todo impulso recibido es, de por fuerza, necesario y temporal, yendo más ó menos pronto á perderse en el acerbo común de igualación y olvido, y hasta del mo-

rinos pudiéramos decir que es olvidarnos de haber sido concebidos.

Héme parado en estas fundamentales consideraciones porque veo que, día tras día, se van sintiendo en el mundo médico los perjuicios inherentes al descuido de la superior cultura; y si poco ha, y precisamente en la materia objeto de estos párrafos, ha tenido lugar un fracaso que, por lo grande y lamentable, no hay para qué citar, ha sido por hallarse el inventor muy por debajo de su propio invento; pues lo que de éste creyó cierto y útil, le ha resultado falso y pernicioso, mientras que la estrechez de preparación intelectual impidióle ver, en el residuo de su misma derrota, algo que, bien llevado y mejor discurrido, pudo haberle granjeado mucha gloria.

También en esta transcendental cuestión de las *vacunas químicas* tengo grandes esperanzas puestas en el genio español, y singularmente en la originalidad, el entusiasmo, la perseverancia y la amplia cultura de un investigador universalmente conocido, como también en la actividad inquisitiva que por influencia despierten sus trabajos entre nuestros jóvenes comprofesores.

Y aquí, señores, doy punto á mi escrito, paz á vuestra atención y tregua á mis expansiones; mas no he de hacerlo sin haberos comunicado una interesante y auténtica noticia que acabo de recibir, y que á vuestros ojos ha de excusar mi libertad en remitiros un escrito que, dentro del germánico molde de los actuales Congresos científicos, no tiene ni *cuando* ni *donde* ser leído.

La noticia, héla aquí: Pocos meses há publicóse en Leipzig un libro anónimo, de unas 300 páginas, titulado *Rembrandt als Erzieher* (Rembrand como educador); libro atribuido al Dr. Langhelm, y cuya tesis es la decadencia actual de Alemania, bajo el fatal influjo del particularismo, en todas las esferas de la Ciencia y del Arte. Ahora bien; de la obra del anónimo crítico, Alemania, en ese brevísimo lapso de tiempo, lleva devoradas ¡CINCUENTA EDICIONES! No hay más que decir de las verdades que en tal libro se encierran.

Y como quiera que yo, hace más de quince años me permito, con ó sin escándalo de cuantos lo oigan, calificar de *ilustres picapedreros* á los compatriotas del Dr. Langhelm, huélgome de la nueva, porque el hecho, por lo ejemplar, hace bueno mi juicio y viene á punto para legitimar plenamente mi actitud general en el campo de la Ciencia, confortarme en mi relativa soledad y excusar á vuestros ojos el sentido y la tendencia de este escrito.

Al Profesorado español toca resolver qué es lo que merece su preferencia, si aquello que, por exagerado y anticientífico, se va, ó á la reacción individualista que, devolviendo á la razón sus fueros y

manteniendo á la experimentación sus derechos, es garantía segura de perenne florecimiento para la Medicina patria.

He cumplido con mi conciencia excitando, por la presente, á nuestra juventud á que eleve el pensamiento, sin dejar de la mano el instrumental de investigación; pero solo ó acompañado, seguiré con progresivo empeño en mi actitud, mientras la vida me consienta espirituales campañas.

AGONIA

Lucha postrema entre las fuerzas del espíritu y las de la materia, caracterizada por el mayor ó menor anhélito en el ser moribundo (del gr. *ἀγωνία*, de *ἀγων*, lucha, combate). Se emplea para expresar el último trance de la vida, *sumum vite periculum*; de donde *agonizar*, *agonizante*, *agónico*, etc. Este vocablo, de universal adopción médica y vulgar, no tiene, sin embargo, valor técnico-jurídico, pues los textos clásicos de Derecho no llaman á los moribundos *agonizantes*, sino *constituti aut positi in extremis* (V. ZACCH., *Quæst. Medico-Leg.*, lib. II, tít. 1.º, c. 19, n. 6.)

Distinc. etimol.—Conviene advertir que en griego, además del substantivo *ἀγωνία*, *ας* (ή), *combate*, escrito con *ω*, como derivado de *ἀγών*, existe otro, también femenino y de igual acentuación, *ἀγονία*, *ας*, pero escrito con *ο*. Este segundo, compuesto de *ἀ* priv. y *γονεία*, *ας*, *cría*, *generación*, *prole*, significa *esterilidad*, y, convertido en el adjetivo *ἀγονος*, se aplica indistintamente á cualquier sexo, por oposición *γόνιμος*, *fecundo*, *da*.

Sent. méd. fig.—En los textos originales de los antiguos clásicos no es raro encontrar vocablos derivados de *ἀγών*, como *ν. gr.*, *ἀγωνιστικῶς*, *ἀγωνιστικόν*, usados en sentido metafórico. Así, por ejemplo, Galeno, en su libro *De marasm* (c. 8.º), hablando de la eficacia del agua fría contra la erisipela aguda febril, dice: «Que se emplee de tal suerte, que su frialdad pueda obrar *agonísticamente*, victoriosamente (*ἀγωνιστικῶς*), contra el *hervor* acre de la sangre.» En la propia acepción, Pablo de Aegina (lib. II, c. 30) llama *agonístico*, *combatiente*, *ἀγωνιστικόν* (en gr., *agua es n.*), el agua muy fría.

Defin.—AGONÍA es el primer período de la muerte preternatural, y consiste en el conflicto entre los efectos mortales de la lesión y el remanente de energía individual utilizable como función viva.

Fórmula mecán.—La intensidad y duración de la agonía están en razón inversa de la intensidad y trascendencia de la lesión, y en razón directa del remanente de energía del individuo, según la edad, dentro de su especie.—*Corol 1.º* Que la verdadera *muerte natural* no va, ni puede ir, precedida de agonía, por hallarse exhausto de energía viva el individuo, como tampoco pasa agonía aquel que sucumbe á la acción de causas estupendas por su intensidad y prontitud, como son, por ejemplo, la conmoción llamada *Shock* por los cirujanos contemporáneos; las violentísimas emociones morales, capaces de matar instantáneamente; el rayo; ciertas insolaciones; súbitas hemorragias internas; heridas muy graves; algunas afecciones cerebrales, etc.—*2.º* Que cuanto más joven es el individuo y más ajena á las entrañas vitales por excelencia (cerebro, corazón y pulmones) es la lesión, tanto más larga y trabajosa es la agonía. De suerte que, en la práctica, conocidos los datos, á saber: carácter de la lesión y naturaleza y edad del padeciente, cabe predecir con bastante seguridad la duración é intensidad que correspondería á la función agónica, caso que el enfermo llegara á sucumbir.

Disc.—La clara intuición de las expuestas verdades sugirió á los antiguos la idea de llamar *Lucha, Combate*, el último y angustioso trance de la vida. Y en efecto, cada ser viviente representa un conjunto de intereses creados que llevan en sí mismos la aptitud para realizar, en comercio con el mundo, una serie dada y definida de beneficios temporales; y cuando en el seno del individuo (animal, en general) se da un centro gerente del capital dinámico, con facultades auxiliares *aprehensiva* (sensibilidad) y *determinativa* (volición), claro es que su natural tendencia, deliberada ó indeliberada, torpe ó discreta, vencedora ó vencida, ha de propender, necesariamente, á *persistir*, mientras quede en el seno del organismo un remanente de aptitudes fisiológicas para llevar á término, según su especie, la evolución de aquel impulso adquirido en la concepción que constituye su caudal, su interés práctico y su naturalísimo derecho.

Así es que, ó no hay combates en el mundo, ó la agonía lo es en el sentido recto y adecuado del vocablo. ¿Qué diferencia señalaremos si no entre el instintivo afán con que el niño atacado de *croup* lleva, entre las ansias de la muerte, las vacilantes manitas á la garganta, para soltar aquel como nudo que lo agarrota (de donde el expresivo n. esp. *garrotillo*), y el propio instintivo afán con que las llevaría á la misma parte si un malhechor intentara estrangularle? ¿Qué distinción estableceremos entre el agónico que recurre á los músculos accesorios de la respiración para dilatar sus pulmones, ya casi hepa-

tizados por una neumonía aguda, y aquel individuo que, retenido por otro de fuerza superior, y sintiendo oprimidos sus costillares, recurre á los mismos músculos para poder, merced á éstos, agenciarse un poco de aliento con que clamar socorro? La escuela contemporánea, poseída de una perjudicialísima preocupación, lleva en este y otros particulares sus aprensiones hasta el ridículo, y olvidada, en el punto concreto que nos ocupa, de su propio dogma de la *lucha por la existencia*, cual si la agonía no fuese, como es, la última expresión y el postremo acatamiento de esa ley natural; y por si acaso la idea de agonía envolviese algo así como testamento de un *alma*, sólo porque es alma, ó empeño de una *fuerza vital*, sólo porque es vital, á abandonar su cuerpo, niega en redondo que la agonía lo sea. Y á tal extremo llega esa especie de pánico, que no es posible hallar hoy en el mundo médico un solo tratadista ó articulista cuyo primer cuidado, al etimologizar y definir la voz AGONÍA, no consista en protestar de la impropiedad del vocablo, asegurando que lo que precede á la muerte no es tal *ἀγών*, ni tal combate, sobresaliendo precisamente en esta porfía los alemanes, aunque no sin motivo, porque á éstos, además de mortificarles la *palabrota* griega de universal adopción, les ruboriza ver que su propio idioma llame á las postrimerías de la vida *Todeskampf*, que también quiere decir: *Combate de la muerte*.

Afortunadamente para los intereses intelectuales, la palabra y el concepto resistirán á todas esas y cualesquiera otras protestas, nacidas de mezquina pasión política, y quedarán perpetuamente aceptados, bien como expresión fiel de los hechos, pues aunque en realidad el vocablo *agonía* no hubo de ser, dada su índole poética, elegido directamente por el entendimiento, sino inspirado á éste por la imaginación, forzoso es reconocer que, dentro de la observación serena, es la imaginación la más discreta consejera para proponer al entendimiento vocablos felices.

Lo cierto es que la *agonía* constituye, como acto de combate, un caso particular de la *lucha por la existencia*, conforme ésta, á su vez, queda reducida á un especial caso del *concurso universal de naturales tendencias*, y que, para poder apellidar combate á uno de esos concursos ó conflictos, bastan, según de lo antedicho se desprende, estas tres condiciones: 1.^a, que uno de los seres concurrentes goce la categoría de individuo más ó menos sensible, inteligente y determinable; 2.^a, que al ocurrir la colisión posea éste todavía un tanto de energía viva que le solicite á subsistir; y 3.^a, que la fuerza contraria no sea ni tan poderosa ni tan ejecutiva que imposibilite materialmente la realización de toda lucha. En claro y sencillo ejemplo, me-

ramente mecánico, quedará patente lo que va expuesto y algo más. Sea una mesa de billar de indefinida longitud, é imaginemos que desde su punto de salida, y á impulso del taco manejado por un jugador más ó menos vigoroso y diestro, salió rodando una bola. Esa bola, ó seguirá su marcha de un modo expedito, sin más resistencia que la ordinaria del medio (roces con el paño y el aire), ó encontrará tropiezos accidentales (bandas, palos, hoyos, etc.) En el primer supuesto, la bola disparada irá disminuyendo por modo naturalísimo previamente calculable (aunque no *espontáneo*, mal su grado, como envejecemos los vivientes), hasta que al fin llegará un momento y lugar en que, reducida á cero su fuerza viva ó velocidad adquirida, se quedará inmóvil *para siempre* sobre el paño; mientras que en el segundo supuesto pueden ocurrir tres distintos casos: 1.º, un conflicto con fuerza contraria igual ó mayor; 2.º, un conflicto con obstáculos superables, por ser menos poderosos que lo es la bola en aquel momento de su curso; y 3.º, un conflicto con uno ó varios obstáculos, pero en tal relación mecánica, que sólo después de muchos retruques y rebotes quede la bola, á fuer de vencida, parada; mas no tanto que, antes de llegar al absoluto reposo, no gire aún breves instantes alrededor de su eje y un si es no es en progresión sobre la mesa. Ahora bien, á esa bola de billar atribuyámosle, por legítimo antojo de nuestra fantasía, una conciencia ó un simple *consensus* instintivo, y todas las indicadas variantes se convertirán, *en cuanto sentidas, conocidas é intervenidas*, en conflictos vitales; la del primer caso, en la derrota fisiológica, lenta, suave, ineludible de la vida normal, bajo la forma de muerte natural, sin agonía, por agotamiento total, armónico y simultáneo de todas las formas de energía viva; y de las tres restantes del segundo caso, reconoceremos en la primera la muerte accidental sin agonía por superioridad é instantaneidad absolutamente incontrastables de la causa; en la segunda, la enfermedad, terminada por curación más ó menos gravosa á los intereses totales del individuo; y, finalmente, en la tercera, la enfermedad mortal, constituyendo el último, inútil, pero instintivo y angustioso girar de la animada bola, el *período agónico*, que ya no es enfermedad, que constituye protesta vana, pero protesta al fin y postrimera lucha, combate *in extremis*, para todo ser que es gerente de su propia conservación en la *lucha por la existencia*.

De esta patente verdad se desprende que, si bien toda agonía es conflicto, en cambio no todo conflicto es agonía; pues sólo donde quiera que hay sujeto fisiológico constituye agonía, combate, cualquier conflicto, razón por la cual antes se dijo que, «ó no hay com-

bates en el mundo, ó la agonía lo es en el sentido recto y adecuado del vocablo». Mas entonces—se replicará, y con razón,—agonías serán todos los padecimientos ó conflictos físicos y morales. ¿Y quién lo duda? ¿Quién no ve que eso son, y quién ignora que así se llaman? En el Tratado de *Sympt. causs.*, de Galeno (lib. II, cap. v, al final), ya se denomina agonía la afección moral compuesta de ira y temor. «Aquella—dice el último de los clásicos antiguos y primero de los modernos,—aquella, la ira, impele hacia el exterior la sangre y el espíritu, encendiendo y animando el organismo; éste, el temor, reduce y concentra ambos principios de vida al interior, enfriando y contrayendo las carnes»; y Van Helmont, fijando más y aun ampliando la acepción del vocablo en su *Tract. de ideis morbos.*, número 9, declara que «es agonía, no tan sólo el combate ó conflicto entre la ira y el temor, sino también el conflicto entre el temor y la esperanza, la ira y la necesidad del disimulo, la esperanza y la ira, el odio y el miedo, la esperanza y la tristeza, etc.; en suma, que agonía significa *in genere* la lucha entre diversos y encontrados afectos». Y como quiera que no hay pasión moral que se realice por sí sola, sino mediante perturbación morbosa, primitiva ó consecutiva de aquellos órganos destinados á hacerla efectiva, claro es que á la denominación explícita de agonía concedida á la primera, corresponde el implícito reconocimiento de que la segunda, la enfermedad física, constituye estado agonístico ó de combate.

Cierto que la lucha ó pena producida por la mera afección física en el sujeto no se llama de ordinario *agonía*, sino *angustia*, *ansiedad*, la primera del lat. *angor*, *oris*, estrechez, presión, viva inquietud; y la segunda, del gr. ἀρχόνη, ησ de ἀρχω, *apretar*, estrangular, atormentar; de donde los vocablos latinizados *anxietas*, *atis*; *anxietudo*, *inis*; y bien claro se comprende que ambos á dos vocablos implican, no sólo la sensación opresiva, sino también la *pugna* por vencer la opresión; y pues era conveniente dar nombre peculiar al último trance de la vida, en el concepto de última perturbación, combate decisivo, combate extremo, combate por antonomasia, natural era que á éste se fuese reservando y contrayendo el nombre de agonía, no en el concepto de ser la única lucha de la vida, sino en el antonomástico de lucha por excelencia, combate de combates, Waterloo del ser viviente.

Esta teoría, que legitima dentro de la ciencia moderna la respetable tradición médica, así del vocablo como del concepto, objetos de la presente disquisición, nada tiene que ver ni con la antigua hipótesis de la *fuerza medicatriz*, ni con el problema de la naturaleza y destino del espíritu humano. Respecto de la *fuerza medicatriz*, apar-

te de que la idea de ella, adquirida por la generalidad de los médicos contemporáneos como idea de escuela, es mucho menos aceptable que la auténtica, y acusa, por lo menos, grande obcecación en su estudio, reflexiónese que es de todo punto innecesaria para la interpretación de la enfermedad y de la agonía, pues si en el curso natural de una bola de billar hemos hallado todos los *elementos objetivos* de estos dos hechos, claro es que todo lo *objetivo* de la agonía y de la enfermedad, en tanto que lucha, reviste un carácter mecánico-universal; y como que la idea de conflicto ó combate no implica prejuicio alguno acerca de su resultado, de ahí que, tanto en la enfermedad como en la agonía, la interpretación dada en este artículo no prejuzga, por modo alguno, su resultado. Ya en otra parte (*Curso de Patología general*), el autor de estas líneas tiene dada la demostración de que la tendencia viva, como toda tendencia natural, si bien es de suyo conservatriz, por ser tendencia á persistir (*inercia*, en el sentido científico de la palabra), no sólo triunfa ó sucumbe, según los azares del combate, sino que además, y según estos mismos, condúcese en los seres vivientes, ahora como *medicatrix* ó salvadora, ahora como *necatrix* ó suicida. Y á propósito de esto, y de lo mal leídos que se ven hoy los textos viejos, téngase además en cuenta que ya el ilustre Stahl había consignado que «la enfermedad es una corrupción que pasa de ciertos límites por abandono ó *torpe tratamiento* del alma» (única *vis vitæ*, dentro de la doctrina animista). Esto en cuanto á lo que hay de objetivo, así en la agonía como en la enfermedad; y por lo que dice á lo subjetivo, recuérdese que en el símil ó caso concreto de la bola de billar no hemos necesitado, para transformar sus conflictos en combates, atribuirle *alma*, ni menos *espíritu inmortal* ni *entidad* alguna de discutible existencia, sino que nos ha bastado suponerle *conciencia* y hasta simple *consensus* instintivo; facultades que no son hipótéticas, que existen, y son reconocidas como realidades positivas, jamás discutidas á fuerza de indiscutibles. Pues bien, ora sean de espíritu inmortal ó de ázoe las almas, ora se las afirme ó se las niegue, y lo que es más, existan ó no existan, bástanos, para elevar á la categoría de combate cualquier conflicto mecánico, la realidad de una conciencia ó de un *consensus* instintivo, capaz de sensación y determinación, como representante y rector de la individualidad que en el conflicto toma parte.

Ahora, establecida y consolidada por la discusión la verdadera doctrina mecánica de la Agonía, enunciada en su definición y de todo conforme con la ciencia moderna y el sentir de la antigüedad, examinemos detalladamente la

Naturaleza del proceso agónico.—Puesto que la agonía no es, según queda dicho, enfermedad ni menos aún salud, ¿qué cosa es su proceso?

Es justamente lo que se ha dicho en su definición: «El primer período de la muerte preternatural».—También respecto de esto se hace indispensable sentar doctrina. En la muerte, según más adelante se expondrá (V. MUERTE), hay que distinguir cuatro tiempos, á saber: *Agonía*, *Resolución*, *Metagonia* y *Disolución*; constituyendo, de estos cuatro tiempos: el 1.º, el postrer esfuerzo de la vida *individual*; el 2.º, la muerte de la individualidad ó sujeto real; el 3.º, el conjunto de pequeñas agonías locales, última función viva elemental en que se agotan las reservas meramente celulares; y el 4.º, la descomposición, corrupción ó putrefacción del cuerpo como agregado molecular orgánico. Todo esto sucede y todo ello es menester que suceda para que de un vivo se pueda afirmar terminantemente que ha muerto. Y si definimos por modo lexicográfico la Muerte, diciendo que es *la acción y efecto de morir*, tendremos que, de los cuatro tiempos que señalamos al término de la vida, el 1.º y el 3.º constituyen la *acción*, mientras el 2.º y el 4.º constituyen el *efecto*; siendo interesante añadir que en la escala animal, y dentro de cada especie, cuanto más intensa ó centralizada es la individuación, tanto más intensa es la *agonía* y menos acentuada la *metagonia*; así, por ejemplo, en un carnero los fenómenos metagónicos (tan fáciles de observar en los mataderos) duran mucho más que en el hombre; en un conejo, el corazón arrancado del pecho sigue latiendo al calor de la mano por espacio de algunos minutos (precioso ejemplo de fenómeno metagónico), mientras que el cuerpo decapitado de una víbora conserva horas enteras la facultad de translación á favor de los más correctos, aunque no muy rápidos culebreos.

El mecanismo esencial de la agonía se reduce á lo que ya el conspicio Bichat determinó respecto de los mamíferos superiores, ó sea en términos generales, á un penoso mantenimiento de relación funcional entre el centro de inervación y las entrañas vegetativas más indispensables á la persistencia de la vida. Así, para todo vertebrado superior, los órganos contribuyentes directos á la función agónica son la parte del centro céfalo-raquídeo llamada médula oblongata, los pulmones, en mayor ó menor extensión, y el corazón. (Tripode vital de Bichat.)—Esfuerzos de inervación respiratoria para mantener la hematosis y la circulación; esfuerzos de inervación circulatoria para mantener la respiración y la inervación; esfuerzos de los músculos respiratorios para mantener la inervación y excitación car-

diacas, y todo ello con decadencia y exhaustión definitiva de cada una de estas tres funciones, por la remisión progresiva de las otras dos; he aquí lo fundamental del paso de la Agonía, como último acto de la vida y primer tiempo de la muerte.

Respecto de la causa, es condición esencial, para la declaración de la agonía, el que la lesión producida por aquélla sea real y definitivamente incompatible con la vida del enfermo. Naturalmente, una estimación clínica exacta de esta situación es muy difícil, y las más veces inasequible; pero, en cambio, el sentido práctico distingue con admirable precisión el trance agónico de todos los demás cuadros de postración y agotamiento, y de ahí que sean tan raros, excepto en épocas de epidemia, los casos de enterramiento en vida y hasta los de mera discordancia, no ya entre médicos, sino también entre personas legas, respecto del diagnóstico de la agonía, lo propio que del juicio acerca de la defunción. No parece sino que la natural repugnancia que la vida tiene á la muerte inspira á aquélla la certera intuición de ésta. En resumen, no hay más que un proceso agónico, y con ser tantas y tan diversas las ocasiones de muerte, tan vario el cortejo de fenómenos secundarios, como varias las formas de lesión mortal, y, en consecuencia, tan diferentes los caminos de *morir*, no hay más que un modo de *morirse*, y es por exhaustión absoluta de los órganos *neur-angio-pneumáticos*, ó nerviosos-vasculares-respiratorios.

Fenómenos preagónicos.—Antes de caer un enfermo *in extremis*, cesan, por punto general, ó remiten notablemente, las manifestaciones sintomáticas sensibles del mal, por la sencilla razón de que, faltando las fuerzas para continuar viviendo, faltan asimismo para continuar padeciendo, puesto que padecer es un modo de vivir, y el vivir exige inversión de energía. Mas como esto no suele acaecer de un modo brusco, sino gradual, ocurre con frecuencia que en ese *lapso* de tiempo (horas, días, y aún aún, si bien se observa, hasta *meses*, en las grandes cronicidades), se manifiesta un notable, á veces inverosímil alivio, que el vulgo, con su expresiva sencillez, denomina *Mejoría de la muerte*. En los tísicos suele coincidir con su mejoría de la muerte una sombra de subdelirio, efecto de un principio de embriaguez que el exceso de carbono y la falta de oxígeno en la sangre, privada del debido oreo pulmonar, ó hematosis, induce en el cerebro, con la consiguiente calma de la susceptibilidad del enfermo á los estímulos del mal (tos, dispnea, etc.).

Descrip. teor.—En derredor de los fenómenos centrales de la agonía, van apareciendo los que llamaremos esenciales periféricos, que

son la completa postración muscular, la remisión del pulso en todas las arterias, la palidez cadavérica general y el trasudor frío y untuoso del cutis; fenómenos que, al mostrarse conjuntamente en el rostro, constituyen lo fundamental de la *facies hippocratica*.

El resto de lo que se suele dar como cuadro agónico no es esencial á la agonía, y sólo depende del lugar, el carácter y la trascendencia material de la lesión. Así, por ejemplo, no es esencial que el moribundo esté privado de conciencia, como tampoco lo es que la tenga y hable de su situación. Si fuese apoplético, ¿cómo había de tener conocimiento hallándose su cerebro desmadejado, roto y oprimido por el derrame? Y si fuera el moribundo víctima de un infarto crónico del hígado, ¿por qué, si conservase íntegro el cerebro, no había de poder tener clara idea de que se está muriendo? Lo propio diremos del estertor. Si los pulmones no tienen lesión ni achaque, el estertor puede no presentarse ni poco ni mucho. De donde se infiere que la agonía se presta á ser dividida en *seca* y *húmeda*, *conscia* é *inconscia*, etc., según se presenten ó no aquellos fenómenos, que, si bien frecuentes, no le son rigurosamente esenciales. Hechas estas importantes distinciones, y puesto que conviène, de otra parte, tratar el asunto desde el punto de vista descriptivo, he aquí, bajo reserva de las anteriores salvedades, una

Descripción clínica de la Agonía.—Facies hippocratica.—Palidez mortal y laxitud extrema del semblante; boca abierta por depresión de la quijada y colapso de los labios; párpados caídos, mas no cerrados; ojos inmóviles y con sus ejes paralelos; nariz afilada, como curtida, y casi adaptadas, por laxitud, al tabique las alas; arcos cigomáticos y orejas relativamente destacados del rostro, y todo él como embadurnado de sudor congajoso.—Conciencia, á las veces, clara, remisa, obscura ó abolida, no siendo raro que de la mayor claridad pase á la abolición mediante un período transitivo de desvanecimientos y alucinaciones de los sentidos, como la tan decantada que movió á Goethe, moribundo, á pedir ¡luz, más luz! (*¡Licht, mehr Licht!*), ni más ni menos que la piden muchos agónicos sin ser filósofos, y sólo porque creen que les rodea la obscuridad, como otros se figuran que les envuelven neblinas, ó que un aire frío les va invadiendo el cuerpo; como todo esto, sin perjuicio de que se den casos de agónicos que, inconscientes en un principio, recobran de un momento á otro el conocimiento, haciéndose cargo de su situación, platicando sobre la muerte y asegurando que se acerca su fin (*extasis* ó *ecstasis*, *ἔκστασις*, seu *vaticinatio morientium*), produciendo un efecto moral tremendo de indeleble recuerdo para cuantos una vez han presenciado tan triste

paso.—El corazón va debilitando sus latidos y el pulso arterial volviéndose blando, reducido, *miuro*, fugitivo, intermitente, incontable, imperceptible.—La piel y las mucosas, desaparecido su riego capilar, pierden el natural matiz, tomando aquélla un tinte pálido amarillento, éstas un color como de hortensia mustia y quedando todas como insensibles.—Las arterias emplean el último resto de su tono en transferir las postreras ondas sanguíneas á las venas, quedando ellas vacuas.—La temperatura desciende de medio á un grado, ó más, si es que han precedido pérdidas de sangre (grandes hemorragias, sangrías) ó de serosidad (cólera), ó bien si la temperatura del medio es muy baja. En la muerte de hambre se ha visto descender hasta los 30°, es decir, más de 7° de la temperatura normal del cuerpo humano, mientras que en otras enfermedades (tifus, fiebres eruptivas, reumatismo agudo), se ha visto ascender hasta los 44°,5 y aun á más de 45°, los cuales se han mantenido á través de la agonía y aun acrecentado algo hasta minutos después de la muerte; y al contrario, en el cólera la temperatura, que va descendiendo al compás que crece la gravedad del ataque, sube de pronto en el momento de la muerte, llegando el cadáver á un grado superior, no sólo al que ofreció el sujeto en su agonía, sino también á la menor baja producida en el curso de la enfermedad. Los músculos todos del moribundo caen en la más extremada adinamia, por lo cual casi todos los agónicos ofrecen decúbito supino. La respiración va siendo, primero acompasada y recia, luego tarda, irregular, decadente y siempre muy laboriosa; produciendo de vez en cuando un hondo suspiro, tanto más violento y tardío, cuanto más adelanta la agonía. Todo músculo que en algún modo pueda coadyuvar á la respiración, coadyuva; muy señaladamente los *esterno-cleido-mastoideos* y los *escalenos*, y hasta el m. cutáneo del cuello labora para facilitar el curso de la sangre entre el corazón y el cerebro. Los conductos respiratorios, desposeídos de tonicidad y si contienen mucosidades, producen en la tráquea el acompasado y bronco ruido denominado *estertor de la agonía*, que imprime á la escena de la muerte un carácter sombrío y tético. La paralización de los músculos inorgánicos del sistema digestivo y de sus anexos, deja inertes el esófago, los intestinos gruesos y el aparato vésico-urinario, discurriendo por tales cavidades el contenido como por cañerías de goma.

A toda esta progresión descendente de manifestaciones vitales ponen término dos fenómenos: uno es la última y desesperada expiración; otro, la última palpitación del noble y laborioso órgano á quien los antiguos llamaron *primum vivens et ultimum moriens*. Mas aun

después que el corazón ha dejado de latir, y que parece que el pecho no ha de volver á respirar, aun entonces es imposible asegurarse que todo ha concluído. No es raro, en efecto, que treinta ó cuarenta segundos después de haber quedado yerto aquel cuerpo, produzca súbitamente una violenta, ruidosa, horrible inspiración, acompañada de contracciones de los músculos faciales y cérvico-faciales, y á la cual sigue una expiración prolongadísima y horrenda, terminada con profuso rebosamiento de espuma que de la boca cae derramada por barba y pecho. La primera observación que de esta expiración tardía recogí, fué en un anciano danés octogenario, de privilegiada complexión y ejemplar vida, afecto de catarro crónico. Posteriormente he visto otros hechos análogos, mas ninguno tan extraordinario como aquél.

En todo caso, el espectáculo de las postrimerias de la vida es muy triste é imponente; ante él, el médico que no sufre, no es médico; el hombre que no filosofa, no es hombre.

VALOR DEL CANON HORACIANO

RELATIVO AL POÉTICO SENTIMIENTO

(Capítulo preliminar de un trabajo inédito, titulado: *Teoría natural del sentimiento artístico y de sus alcances patológicos.*)

Desde que Horacio, en su ARTE POÉTICA, emitió con un aplomo verdaderamente romano aquella intimación: *Si vis me flere, dolendum est primum ipsi tibi* (si quieres hacerme llorar, padece antes tú mismo), clásicos y románticos aceptaron como dogma el supuesto de que, en nuestro natural, el artístico sentir es sólo un caso particular del real y efectivo sentimiento, ó sea que aquél no goza de esencia propia; y si bien ni unos ni otros pudieron resistir á la evidencia de que el arte bello es de suyo mera ficción, creyeron, sin embargo, que en éste lo fingido está en el argumento, mas no en la expresión de su pasional contenido.

Tan cándida profesión de fe y tan unánime acuerdo entre románticos y clásicos pueden ser explicados sin el menor esfuerzo de rebusca: los secuaces del clasicismo, perezosos de suyo, han preferido

siempre la símica imitación, bajo receta de convenida autoridad, al directo examen de la naturaleza; mientras que los románticos, á su vez, por ignaros de qué cosa sea la normalidad del organismo, á causa de lo averiado que de nacimiento suelen traerlo, presumieron, y siguen presumiendo, que el autor de la llamada EPISTOLA AD PISONES estuvo en lo cierto, pues ven los estragos que por artísticos motivos ocurren á las veces en sus destemplados cuerpos.

Empero, como la población del globo no se resuelve en románticos y clásicos, sino que de ella forman parte, amén de incontables neutros de cacumen, no pocos espíritus sanos, serenos y amigos de saber las cosas por propio inquirimiento, ha ocurrido que en todo tiempo la dogmática intimación de Horacio ha sido protestada por algún artista, literato ó crítico dotado de virilidad y de la consiguiente independendencia para apelar ante la Naturaleza contra los fallos de la autoridad humana.—Apreciables esfuerzos se han hecho en tal dirección respecto al citado canon, aunque, la verdad sea dicha, sin decisivo resultado, por falta de apropiada orientación de espíritu para el hallazgo de pruebas incontrastables del contrapostulado. El asunto, mal tenido hasta ahora por privativamente artístico, es de mixta competencia por la índole fisiológica de sus naturales fundamentos, y exige, como cae de su peso, ser tratado, ó por un médico de profesión muy penetrado del Arte, ó por un artista peritísimo en cosas de Medicina, y el hecho histórico es que nunca los médicos han tomado parte en el debate. De ahí lo crónico é irresoluble de tal discordia y la inutilidad de las exacerbaciones que de vez en cuando la polémica ha ofrecido. Quizás el lector recuerde la más reciente, según mi conocer, ocurrida pocos años ha, y en la cual la romanticísima Sara Bernhardt terció en favor de Horacio, por declaración verbal prestada ante un periodista parisiense, ó, como si dijéramos, ante un notario de afición.

Mas ello es que en esto los horacianos más temibles son los clásicos, apoderados como están, bajo forma de dómines rutinarios, de las cátedras, pues ellos tienen por el mango la sartén del preceptismo, y de padres á hijos en ella frien á la juventud con el decantado *Si vis me flere*, etc. (que á mí me suena á *Si vis me frictum esse*), y con otros no menos discutibles aforismos de la tan ponderada ARTE POÉTICA.

De todo lo cual sacamos, como remanente irreductible, estas tres verdades en serie, á saber: primera, que el canon patético de Horacio, si bien ha dominado y domina aún en la preceptiva poética de las escuelas, no ha obtenido, sin embargo, en ningún tiempo el

unánime acatamiento; segunda, que, en consecuencia, conviene hacer del dicho canon una formal y escrupulosa revisión, y tercera, que la tal revisión quedaría en mero esfuerzo especulativo si por ella no acometiéramos conjuntamente lo artístico y lo antropológico, lo teórico y lo práctico, lo normal y lo patológico que en el asunto se encierra.

En su vista lo que procede es, ante todo, aquilatar el valor del citado canon de Horacio, por cuanto representa la tradición, el dogma que ante el investigador se levanta, y que merece, por el solo hecho de estar en ejercicio de autoridad, los honores del previo examen para luego, ó con el dogma, si éste fuere verdadero, ó sobre sus ruinas, si resultare falso, inquirir cuál es la vera naturaleza del sentimiento artístico y la positiva raíz de sus alcances patológicos.

CRÍTICA DEL CANON PATÉTICO DE HORACIO

Dividiré esta especial y delicada tarea en dos sucesivas labores: dedicando la primera á fijar el intrínseco, el *absoluto valor* del propuesto apotegma, tomado sólo, escueto, recortado á tijera, tal y como de antiguo circula en el mercado de las letras, y dirigiendo la segunda á justipreciar, de una parte, el *valor relativo* del mismo, una vez reengarzado en su natural montura, ó sea, en el pasaje de la célebre EPÍSTOLA AD PISONES referente al artístico sentir, y de otra parte, la significación y transcendencia de ese extenso pasaje: que, al fin, doctrina poético-patética de Horacio es cuanto éste consigna en aquel amplio espacio de quince versos.

Acudiendo á la primera de mis dos labores, pongámonos delante el texto de la sentencia:

«.....*Si vis me flere, dolendum est
primum ipsi tibi;.....*»

(Nótese, para ulteriores efectos, que esta como intimación apotegmática acaba en punto y coma, lo cual no es acabar.)

Ahora analicemos el texto.

En el orden lógico ó formal, la transcrita proposición es de sentido común; y para verlo con inmediata claridad, cambiemos su materia, de sutil, á fuer de sentimental, en llana y tangible, diciendo, verbigracia: «Si quieres que yo te cobre, págame tú;» lo cual, á puro de

sensato, cae en vulgar, y de puro vulgar, resulta indigno de ser elevado á formal precepto.

Mas, en el orden metafísico ó sustancial, el dicho de Horacio merece más desfavorable calificativo: la de vacío de sentido, según va el lector á palparlo, que es más que verlo. Para ello basta reflexionar que, así en la relación de pago y cobro como en la del cambio sentimental, há lugar á la falsificación de lo cambiado, y que no siempre esa falsificación implica engaño, puesto que, por convenio implícito, las gentes que sin más fin que matar el tiempo y solazar el ánimo juegan, verbigracia, al mus, saldan entre sí con altramuces sus deudas, quedándose tan contentos, por creerse congruentemente bien pagados. Quiero con esto decir que la propuesta máxima de Horacio comprende cuatro diversas formas de relación sustantiva racionalmente posibles, y correspondientes á las cuatro variantes prácticas que en la vida real puede ofrecer el sentimental comercio.

He aquí los enunciados de las dichas cuatro formas, aunque simplificados y en términos que, por arte de retruécano, queden bien grabados en la memoria.

Forma 1.^a «Si quieres que yo llore de verdad, llora tú de verdad.»

Forma 2.^a «Si quieres que yo llore de verdad, llora bien tú de mentira.»

Forma 3.^a «Si quieres que yo llore de mentira, llora tú de verdad.»

Forma 4.^a «Si quieres que yo llore de mentira, llora bien tú de mentira.»

Pongamos ahora sendos ejemplos prácticos de estas formas, con expresión de sus respectivas notas características.

CASO EJEMPLAR DE LA FORMA PRIMERA, que dice: «*Si quieres que yo llore de verdad, llora tú de verdad.*»

Un joven, transido de pena por un desengaño de amor, provoca en su confidente madre lágrimas de tan hondo origen como las suyas propias. Lacerado él, á su vez, por el gran dolor de la autora de sus días, reanimase heroicamente para alentarla; produciéndose por tal cambio de reales sentimientos un cuadro equívoco, ante el cual el más experto advenedizo no acertara á distinguir quién de entrambos desolados es allí el paciente originario, quién el mero partícipe del infortunio.

En semejante relación patética, lo característico, que es la comunidad perfecta del real sentir, se extiende de lo actual á lo transcendental del hecho, puesto que la pena, en la persona receptora ó confidente, sobre ser real, persiste en forma de perturbación, y hasta de estrago psico-físico, durante un tiempo proporcionado, tanto á la

cordialidad de la relación, cuanto á la gravedad causal del sufrimiento. Eso, y no menos, es lo que merece llamarse «acompañar á alguien en su dolor»; lo demás, lo que la sociedad califica con tan hermosa como sencilla locución, no pasa de superficial, cuando no afectado cumplimiento.

CASO EJEMPLAR DE LA FORMA SEGUNDA, que dice: «*Si quieres que yo lllore de verdad, llora bien tú de mentira.*»

Á un señor, bueno y sano, pero crédulo y compasivo, logra un tunante pintarle tan al vivo el horror de su situación, las hambres de su prole, la consunción de su mujer, los inminentes riesgos de honor de su hija ya nubil, y hasta su propia tentación al suicidio, que, además de sonsacarle un auxilio cuantioso, todavía le deja sin gana de almorzar y refractario á las suspicaces reflexiones de su esposa, sobre si quizás el supuesto infortunado era un solemne timador.

Este caso ofrece, por su carácter mixto, doble nota característica: de parte del truhán, á la fingida pena suceden instantáneamente brincos de escalones de cuatro en cuatro, como expresión combinada del gozo por el afortunado *sablazo*, y del afán de salvar cuanto antes el radio de la fechoría; mientras que de parte del engañado hay positiva pena, y acaso cierta transcendencia de ésta á un tiempo algo mayor que el de la duración de la entrevista.

A tal forma de relación patética deben ser reducidos los casos de falsas nuevas, dadas con arte de tribulación ó de alborozo bien fingidos, y hasta con simulación de pruebas.

CASO EJEMPLAR DE LA FORMA TERCERA, que dice: «*Si quieres que yo lllore de mentira, llora tú de verdad.*»

En medio de la más perfecta indiferencia, y aun de las más alegres expansiones, sorpréndenos el duelo, el llanto, la desolación de un extraño. En tan brusca peripecia, ¿puede darse cosa más parecida al interior del foro de un teatro que nuestro propio interior, donde, por instantánea señal, lo que era decoración de mar tranquila, ó de alegre floresta, queda trocado por caridad hacia el afligido prójimo en decoración de abismo, cárcel ó cementerio, y cómo, por igual miramiento, cambiamos nuestro lenguaje de frívolo en formal, de cómico en dramático ó en trágico, según argumental conveniencia? Comedia es ésta de que no mueren inocentes ni el médico, ni el abogado, ni siquiera el santo varón, confesor de monjas escrupulosas, ó de pecadoras mundanas, ó de grandes impíos transidos de arrepentimiento, ni persona alguna, en fin, aun la más ingenua y caritativa, cuyo estado profesional la ponga de continuo en relación con seres infortunados.—¿Cómo no respirar en cesando el compromiso

del oficio, sobre todo — seamos humanos — si el chocolate urge por fuera y la miseria estomacal por lo interior, distrayendo el ánimo del obligado compungimiento?—Y cuenta que ésta es sólo una mitad de la humana comedia, puesto que su otra mitad la componen los dolientes fingidos que, en entierros, funerales y otros pasos no muy de fiar, reciben con interiores retozos los pésames de cumplimiento; bellaquería en cuya consideración no entro ahora porque va comprendida en la cuarta forma, ó sea, la del cambio del mentir por el mentir, pero con engaño de uno de los dos mentirosos.

Cuanto á nota característica, digo que también es doble la de la forma tercera, objeto de este parágrafo, pues constituye caso mixto, si bien, por ofrecer invertida su relación, la pena deja rastro en quien ejerce de doliente, por cuanto lo es de verdad, mas no en quien funciona de consolante, ya que de ordinario éste obra por consideración ó miramiento ó por hábito de profesional filantropía; cosas todas que no penetran más allá de la epidermis, pues de no ser así fuerza sería, ó abandonar tan nobles y sacerdotales oficios, ó dejarse el pellejo entero en su desempeño.

CASO EJEMPLAR DE LA FORMA CUARTA Y ÚLTIMA, que dice: «*Si quieres que yo lllore de mentira, llora bien tú de mentira.*»

A mano tenemos todos el muestrario vivo de lo que es la relación patética de mentira por mentira. Id á visitas, reuniones y saraos; acudid á los centros políticos, á los diplomáticos, á las antecámaras regias, imperiales y pontificias, y luego, en orden inverso, descended hasta las zahurdas tabernarias, crapularias y presidiarias, adonde quiera, en fin, que el hombre lleve intención de recabar del trato con sus semejantes la propia utilidad, y allí sorprenderéis, naciente, espontáneo, el arte al servicio de la conveniencia, hermano técnico, según más adelante demostraré, del arte al servicio de lo bello. No critico esta tendencia á la ficción sistemática, doble y hasta mutuamente sobreentendida de hombre á hombre, con el fin de ver quién engaña á quién, procurando cada cual, á fuerza de gramática parda, encubrir las propias intenciones y descubrir las ajenas; consígnola en cuanto observador de la Naturaleza y hasta relativamente la celebro como una muestra más del divino ingenio. Por no disponer de ese intrincado y sutil registro, los irracionales van derechamente, á mordiscos y zarpadas, ó de peor manera, al bulto de sus conveniencias y al fin de sus intenciones. ¡Loado, pues, sea Dios, que para inclinar-nos á cultos sembró en nuestro corazón semilla de comediantes!

Cuanto á nota característica, ello cae de su peso que la de esta cuarta forma de relación es negativa en todos aquellos casos en que

los hombres tiran á engañarse de verdad: en este pie de trato nadie siente lo que dice; si algo siente, y aun algos, es, ó el no haber logrado engañar al prójimo, ó el haberse dejado engañar por éste. Ahora, si el reciproco mentir fuese tácitamente convenido y por entrambas partes deseado, por no ser lo útil sino lo bello el argumento de la humana relación, ¡ah! entonces resulta..... lo que no me es lícito decir mientras no haya dado término á la presente analítica tarea.

Resumiendo lo que de ésta llevo desempeñado como primera labor de las dos que me propuse, digo: que el canon patético de Horacio, juzgado en absoluto como apotegma suelto, resulta nulo en la esfera lógica por trivialidad de forma, y nulo así mismo en la esfera metafísica por indeterminación de fondo.

Quede, sin embargo, con carácter provisional este juicio, y pasemos al examen del total pasaje de la referida *Episcola ad Pisones*, dedicado al sentimiento poético y á su expresión: que el juzgar á un hombre de la celebridad de Quinto Horacio Flacco no es tan llana cosa como el juzgar á un palafustán metido á preceptista; pues, aunque no sea más que por el «qué dirán», debe uno en casos de tal compromiso, cargarse de razón como se deja cargar de bultos un camello, hasta más no poder, salva la expedición del natural movimiento.

El pasaje de referencia constituye un verdadero mosaico de conceptos y admoniciones que se extiende, segun dije, á quince versos, ó sea desde el 99 hasta el 113, ambos inclusive. Lo delicado del asunto me aconseja la consignación íntegra del texto latino correspondiente á fin de que el lector pueda, con el original á la vista y sin el menor esfuerzo de recordación, juzgar de la fidelidad de la versión castellana, materia inmediata del análisis. En facilitar ese cotejo tengo un empeño muy grande, nacido de obligación, ya que no habiendo hallado entre las *traducciones* españolas de la célebre *Arte poética* más que abominables *traiciones*, sobre todo para los efectos de la fidelidad verdaderamente judicial que esta sumaria información exige, no he tenido más recurso que exprimir el poquito de latin que en el desván gatero de la memoria conservaba, para con las escurriduras aderezar una versión prosaica, no nada literaria, pero sí lo más cuerdamente literal posible del aludido fragmento.

TEXTO LATINO

«Non satis est pulchra esse poemata; dulcia suntu,
»El quocumque volent animum auditoris agunto.

100

- » *Ut ridentibus arrident, ita fletibus adsunt*
 » *Humani vultus. SI VIS ME FLERE, DOLENDUM EST*
 » *PRIMUM IPSI TIBI; tunc tua me infortunia laedent,*
 » *Telephe, vel Peleu: male si mandata loqueris,* 105
 » *Aut dormitabo, aut ridebo. Tristia moestum*
 » *Vultum verba decent; iratum plena minarum;*
 » *Ludentem, lasciva; severum, seria dictu*
 » *Format enim natura prius nos intus ad omnem*
 » *Fortunarum habitum; juvat aut impellit ad iram,*
 » *Aut ad humum moerore gravi deducit, et angit:* 110
 » *Post effert animi motus, interprete lingua.*
 » *Si dicentis erunt fortunis absona dicta,*
 » *Romani tollent equites pedites que cachinum.»*

VERSIÓN CASTELLANA PROSAICO-LITERAL, Á LÍNEA POR VERSO

- «No basta sean perfectos los poemas; gratos sean,
 » Y adonde quieran lleven el ánimo del oyente. 100
 » Como á los risueños sonríen, así á los llorosos atienden
 » Los humanos rostros. Si quieres hacerme llorar, padece
 » Antes tú mismo; entonces tus infortunios me lastimarán,
 » Telefo, ó Peleo: si mal lo encomendado declamares,
 » O bostezaré, ó me reiré. Tristes palabras 105
 » Astigido semblante requieren; airado las amenazadoras;
 » Retozón las lúbricas; severo las de grave concepto.
 » Pues naturaleza nos formó de antemano dispuestos á toda
 » Suerte de eventos; ella nos ayuda ó impele á la ira,
 » O nos abate con grave aflicción, y acongoja: 110
 » Luego el movimiento del ánimo sale fuera; intérprete la lengua.
 » Si del declamante los dichos discordaren de las situaciones,
 » Los romanos, caballeros y plebeyos, soltarán la carcajada.»

Ahora, analicemos por periodos gramaticales:

PERÍODO PRIMERO

- «No basta sean perfectos los poemas; gratos sean,
 » y adonde quieran lleven el ánimo del oyente.»

ANÁLISIS.—Como se ve, este primer precepto va derecha y exclusivamente á los autores, y, sin embargo, con ser éstos los creadores del poema, él, Horacio, no les recomienda que *sientan* el poético argumento. Por «perfectos» traduzco el plural «*pulchra*», reflexionan-

do que las otras acepciones, las de «hermosos», «bellos», «excelentes», caerían en redundancia, y, además, en carencia de sentido, contrapuestas como irían á «*dulcia*», bien se traduzca este plural por «dulces», bien por «gratos». Un poema hermoso, bello, sea perfecto ó imperfecto según reglas técnicas, lleva ya en sí mismo los menesteres esenciales de la eficacia para mover adonde quiera á lo dulce, á lo amargo, á lo ácido ó á lo salado el ánimo del oyente; en cambio, poemas técnicamente perfectos pueden resultar—y no pocos resultan—verdaderas carretadas de ripio, tanto más ridículas cuanto más regiamente empenachadas van las mulas que del carro tiran.—Así, lo que resulta claro en este primer par de melodiosos versos, es la obscuridad de ánimo del gran cantor acerca del tema de su propia canturía.—Si yo, ignaro de mí, me diese el lujo de criar Pisones, dijéales en llana prosa: «No basta que los poemas sean perfectos según regla; inspirados sean, pues con esto llevarán adonde quieran el ánimo del oyente».—Ahí, en la inspiración del autor, están el *origo et fons* del sentimiento artístico y del consiguiente poder emotivo de la obra; mas, por desdicha, no dice Horacio una palabra del estro creador al dirigirse por esta sola vez, en todo el pasaje, á los autores.

PERÍODO SEGUNDO

«*Como á los risueños sonríen, así á los llorosos atienden*
»*Los humanos rostros.*»

ANÁLISIS.—Esta oración, meramente expletiva de la anterior, acaba de poner al descubierto lo baladí del analizado período. En efecto, un poema ha de ser expresivo; ¿de qué? ¿Sólo de dulzuras y agradados? No; la obra de arte puede expresar todo lo humanamente expresable, grato ó ingrato, dulce ó amargo, risueño ó lloroso, cómico ó espeluznante; con todo lo cual el período que analizamos, sin decirnos cosa digna de examen, deja más en evidencia que el «*dulcia*» del primer periodo no es más que un ripio *rítmico*, de los que se dan, y no por raro caso, en los clásicos antiguos, y más ridículo aún, si cabe, que el moderno ripio *rímico*, nueva plaga de la versificación, añadida á la añeja.

PERÍODO TERCERO

«..... *Si quieres hacerme llorar, padece*
»*Antes tú mismo; entonces tus infortunios me lastimarán,*
»*Telefo, ó Peleo: si mal lo encomendado declamares,*
»*O bostezaré, ó me reiré.*»

ANÁLISIS.—Aquí sorprendemos en sus nativas condiciones de lugar y relación el célebre apotegma. Estudiémoslas:

La primera condición, por más visible, es que el decantado «*Si vis me flere, dolendum est primum ipsi tibi*», resulta, en cuanto sentencia, canon ó lo que se le quiera llamar, un mero recorte de dómynes retóricos; puesto que, según antes consigné, en el texto íntegro no constituye individualidad gramatical ú oración completa: condición lógica de todo pensamiento sentencioso, aforístico, apotegmático. Tomada aisladamente la intimación, parece como que el tuteo «*Si vis*», «si quieres», va enderezado, aunque por tablas del mayor de los Pisones, á todos los poetas ó artistas creadores del mundo; empero, leída la tótal oración, se le cae á uno el alma á los pies al advertir que, pasado el signo de punto y coma, el pensamiento del autor se achica y empobrece, trocándose el tal «*Si vis me flere*» en trasnochada recomendación dirigida á los actores, ó sea á los artistas intérpretes encargados de declamar aquello que el poeta les hubo de repartir *ya sentido de hechuras*.—¿Quiénes son, si no, esos Telefo y Peleo? ¿Serán acaso los propios soberanos, hijo de Hércules el primero, padre de Aquiles por sus amores con la divina Tetis el segundo, cuyos infortunios Eurípides elevó á trágicos argumentos? Eso, ni debemos ni podemos creerlo; no debemos, porque el Arte poética no reza con los infortunados, sino con los poetas cantores de éstos y de sus cuitas; no podemos, porque el inciso «si mal lo encomendado declamares» revela que el advertimiento va flechado á comediantes, y hasta cierra el paso al supuesto de que, ni por semejas, aluda á los autores.—De forma que, para Horacio, no son los creadores de poemas los que deben sentir, si quieren lograr que él sienta; son única y taxativamente los ejecutantes. Sepan, pues, Calderón y Shakspeare, Mozart y Bellini, sepan, digo, que ninguna obligación tuvieron de sentir sus creaciones; á Julián Romea y á Rossi, á la Malibrán y á Paganini, á esos, á esos hay que cargar la mano en concepto del gran lírico venusino, tocado en preceptista; á ellos exige que sientan de verdad aquello que de encargo representan. ¡Habrás visto mayor desconcierto dogmático, por no decir más garrafal omisión de dómine! ¡Gran cosa es en poesía y en música la tarea de intérprete! Pero ¿y la de creador de la obra interpretanda? ¿No es ésta anterior y superior, además de condición del ser y sentir, respecto de aquélla? Mas no para aquí la insolvencia de nuestro inmortal acreedor. Veamos qué condiciones de previo sentimiento declamatorio exige á los cómicos para no bostezarles ó reirseles en las barbas.

PERÍODO CUARTO

«..... *Tristes palabras*

»*Afligido semblante requieren; airado las amenazadoras;*

»*Retozón las líbricas; severo las de grave concepto.*»

ANÁLISIS.—Este período, á despecho de su carácter expletivo ejemplar, resulta escapado por la tangente. En efecto, á nuestro autor, intentando señalar casos de congruencia entre cada particular sentimiento y su natural expresión, le salieron desatinados, como de la honda la piedra, ejemplos — fuerza es verlo para creerlo — de congruencia entre la palabra y el semblante, es decir, entre dos, y dos solos entre los varios modos expresivos de un determinado sentimiento. Pero aun no paran ahí las enormidades contenidas en tan ripioso pasaje, todo él sometido á la métrica altisonancia, lo más absurdo, á poco que uno se fije en el texto, es lo futil y excusado del precepto que, á favor de los consignados ejemplos, se da á los actores, ó sea el de que el tono y el gesto anden concordés. La vaciedad, la ridiculez en que Horacio cae con tal motivo no halla atenuación ni excusa en ninguna consideración de tiempo ni de lugar, ni en otro elemento circunstancial que pueda inducir quebranto en el mérito relativo de un determinado texto. No un esclavo de la antigua Roma, no un paleto actual, no un negro del Congo, no un chicuelo hotentote, no una fregona prehistórica, si las hubo, sino cualquier irracional, capaz por un momento de entender el precepto horaciano, hariase cruces y se reiría, á mandíbula batiente, de Horacio y de su consejo, por parecerle imposible hallar manera y arte de faltar á tan instintiva congruencia, así en sus gazmoñerías como en sus fierezas, y lo mismo para con sus compadres de irracionalidad que respecto al hombre; pues en materia de correlaciones de expresión, el más ínfimo de los seres animados trae prestablecida *á natura* la conveniente armonía; siendo, muy al contrario, lo raro, lo arduo, lo necesitado de increíbles esfuerzos, el llevar discordantes para cada afecto del ánimo sus diversos elementos de expresión. ¿Quién á visto á un hombre anunciar con cara de entierro el haberle caído á su billete el premio gordo, ni á un perro ni gato poner ademán arisco para pedirnos en zalamero tono la apetecida golosina, y todo por no haber tenido ni aquél ni ni éstos la dicha de leer los dos últimos dáctilo y espondeo del verso 105 y la totalidad del 106 y del 107? Basta, porque insistir en ello podría tomar visos de ensañamiento.

PERÍODO QUINTO

«Pues naturaleza nos formó de antemano dispuestos á toda
 »Suerte de eventos, ella nos ayuda ó impele á la ira,
 »O nos aterra con grave aflicción, y acongoja;
 »Luego el movimiento del ánimo sale fuera, intérprete la lengua.»

ANÁLISIS.—Desde el primero de estos cuatro versos, parece como que su autor va á remontar el pensamiento para decirnos algo digno de ser leído y aplicado; mas luego se ve que su Musa no estaba para tales remordimientos, pues persiste en su habitual divagatorio rastro. Porque, en efecto, si cierto es, de una parte, que nadie viene al mundo con ideas innatas, ciertísimo resulta, de otra parte, que todos traemos á la vida, como dote natural, un aparejo completo de innatas aptitudes, merced á las cuales resultamos acomodaticios á toda suerte de suertes y á todo linaje de consiguientes situaciones. Empero ahora, preguntémosnos: ¿qué consecuencia saca Horacio de la posesión de ese congénito aparejamiento para la ira, la esperanza ó la angustia y para la correlativa expresión de estos y tantos otros afectos, mediante, no sólo la lengua, pero asimismo el rostro y los brazos y hasta los pies y todo? ¿Qué consecuencia, repito, saca de ello nuestro poeta en su sermón? Pues ninguna: véanse, si no, los dos versos que, en guisa de epifonema, siguen á los cuatro de referencia, y ponen término al total pasaje, objeto del presente comentario:

PERÍODO SEXTO

«Si del declamante los dichos discordaren de las situaciones,
 »Los romanos, caballeros y plebellos, soltarán la carcajada.»

Y en verdad que para uno soltarla ante tamaño exabrupto no necesita ser romano de caballería ni de á pie; bástele con haber nacido en el planeta y conservar en buen estado el sentido común. ¡Fortuna que para no soltarla hay de sobra con el respeto debido al autor de tantas y tan pulcras é inspiradas cantilenas!

Hubiera el gran lírico aplicado en algún modo su tesis fisiológica al proceso artístico de la sentimental expresión; hubiera dicho, poco más ó menos, y con aquel su hermoso inimitable decir: Pues «Naturaleza nos formó de antemano dispuestos á toda suerte de eventos y situaciones, y provistos además de imaginación idónea para representárnoslos y expresarlos con fingida naturalidad, aun sin haber realmente pasado por ellos, no será preciso que nos sintamos posei-

dos de ira si nos fingimos airados, ni de aflicción si afligidos, ni de celos si celosos, ni de odio si rencorosos, ni de amor si enamorados, sino que nos bastará imaginarnos con extrema eficacia estar sintiendo el particular afecto que el argumento requiera para que aquél arroje á nuestro exterior su poética expresión natural y perfecta....»; hubiera Horacio, repito, emitido semejante concepto y entonces el criticado párrafo transformábase de intempestivo é inútil enunciado fisiológico en oportuno y fecundísimo precepto poético, derivado del fisiológico principio. Por manera que, en tal supuesto, la ya analizada intimación *Si vis me flere, etc.*, quedaba convertida en esta otra que, de puro artística, no tiene vuelta de hoja: «Si quieres que yo llore, compóntelas para lograrlo, que no te he de poner por justicia, no habiendo juez competente para inquirir lo que realmente pasa en tu corazón.» Empero, creo que el lector convendrá conmigo en que si el ilustre pedagogo de los Pisones hubiera tenido tan clara idea del tema que se traía entre sesos, no hubiese dado muestras de tenerla tan vaga y oscura y destartalada en los demás extremos del total examinado pasaje, sino que en todo él nos hubiera dado algo más que la serie de bagatelas y nonadas puestas en música de aforismos, que compone el mosaico de preceptos, ó mejor dicho, de ripios de concepto, cuyo análisis doy aquí por terminado.

En suma, pues, digo que de los seis períodos sujetos á crítica, *el primero*, dirigido á los autores, calla en lo relativo al sentimiento; *el segundo* contiene simples referencias á las relaciones simpáticas de expresión en la vida ordinaria; *el tercero*, intentando recomendar á los actores el poético sentir, recomienda el mantenimiento de la concordancia declamatoria entre los elementos expresivos verbal y mímico, difíciles de poner en discordancia por ser instintivo su concordar; *el cuarto* es sólo un expletivo ejemplar del anterior, que confirma y agrava la insustancial incoherencia de los períodos anteriores; *el quinto* hace una simple consignación intempestiva, aislada, estéril, de nuestra aptitud para todo sentimiento real y su correlativa expresión, y, finalmente, *el sexto* se reduce á un epifonema sin relación alguna con el período quinto, y mero corolario, asaz excusado, de lo dicho en el tercero y ejemplificado en el cuarto.

Y, sin embargo, ¡qué prestigio no ha logrado, qué extremo de veneración no ha merecido á través de los siglos tal sarta de vaciedades y simplezas! ¡Qué lengua, lector mio, la romana para dar á lo más frívolo la gravedad de sentencia! ¡Y qué forma tan eminente en todas lenguas la métrica para hablar y escribir sin ton ni son al amparo de bellos tonos y sonos! ¡Cuidado con la sonoridad y la elegancia de

todo el analizado fragmento del *Arte Poética*! ¡Cáspita con aquel principio, casualmente rimado y todo:

«*Non satis est pulchra esse poemata; dulcia suntu,*
»*Et quoquumque volent animum auditoris agunto!*»

Y ¡carambita con aquel final:

»*Si dicentis erunt fortunis absona dicta*
»*Romani tollent equites peditesque cachinun!*»

Empero la verdad es—y vaya ello en razonable y personal descargo del buen Horacio—que buscar profundidad en la obras de un poeta lírico, de pura raza como él, es pedir cotufas en el golfo. Por regla casi absoluta los vates de esa vaporosa estofa llevan en su propia vocación algo de *insustancialidad invencible*, y ello se explica por sí solo, pues, bien mirado, natural es que quien siente vocación de imitar á los pájaros en el cantar, pajaree asimismo en las demás ocupaciones de la vida, dando pie á que de él se diga que le falta de sabio lo que le sobra de ruiseñor. Á bien que yo no puedo creer que Horacio se desconociera á sí mismo hasta el extremo de atribuir á su ARTE POÉTICA igual valor que á sus poesías líricas. En diversas odas el ruiseñor de Venusa da muestras, y con razón, de gran fe en su póstuma gloria; mas, como preceptista, de fijo no sospechó que aquel su desahogo, entre didáctico y satírico, dedicado á los Pisones, sobre materia que ni dominaba ni estaba en su temperamento genial dominar, llegase á ser el delirio y hasta la peste de las generaciones futuras, en fuerza de verdaderas plagas de traducciones alevosas, imitaciones serviles y comentarios estúpidos. Horacio, sin duda, creyó que, para lo muy torpes que eran sus coetáneos latinos en materia poética, aquello bastaba. Compúsole como pasatiempo, y por gusto y caridad de sentar la mano y parar los pies á tanto poetastro y tanto comediante ramplón como infestaba la por entonces capital del mundo.

Mas lo que Horacio no pudo creer es que, pasados tantos siglos, todavía la posteridad se encarnizara en su honor, traduciéndole, robándole, remendándole el *Arte poética*. ¡Qué pasmo no sería hoy el suyo si pudiera enterarse, pongo por caso, de que un tal Boileau, natural de las Galias, perpetraba en 1674 una imitación de aquella obra, en mil y cien aleluyas alejandrinas, freidas con enjundia de *bon sens bourgeois* y adecuadas para corear alegremente un *can-can* de Mabile, con gran delectación de los modernos galos, que no se cansan de reimprimir y anotar y escoliar el texto de tan alevoso reme-

do! Pero tente, pluma, que para los efectos de quedar, por el momento, bien con los manes de Horacio, ya es suficiente lo dicho y no hay para qué pecar de sobrados.

*
* *

Quedemos, pues, en que la insustancialidad del gran lirico romano, en cuanto preceptista, lejos de causarnos extrañeza, antes al contrario, debe parecernos la cosa más natural; y que lo extraño, sí, y rayano en pasmoso, es ver la duración realmente ultra-galénica que en la posteridad ha obtenido el reinado de Horacio como legislador artístico.

Y respecto de la presente critica, asísteme el derecho de que nadie por ella me tilde de iconoclasta, ya que este reproche ó mote debe ser reservado para aplicarlo á quien tenga por oficio ó vicio poner tachas en las obras de ilustres varones, y esto no reza conmigo, que, si hoy me permito zaherir, en cuanto preceptista, á un gran poeta, como quizá nadie hasta el presente le ha zaherido, ayer, en cambio, me esforcé, como nadie anteriormente se había esforzado, en reivindicar en favor de un gran médico el derecho á ser reconocido como pedagogo perpetuo, como educador directo é insustituible de los descendientes de Esculapio, á despecho de los progresos y mudanzas consumados y posibles del Arte de curar (1). Quien, pues, tan pronto ejerce de *iconoplasta* como de *iconoclasta*, no es, en verdad, ni lo uno ni lo otro, ó es, si se quiere, entrambas cosas, que para mi caso lo mismo da.—Vea serenamente el lector si en lo que del analizado fragmento dejo dicho tengo ó no tengo razón; esto es lo que importa; y si algún *santonicola*, por mero histerismo, nacido de idolatría contrariada ó de terquedad empedernida, se atreviere á acusarme públicamente de hereje literario, con la agravante de intruso, piénselo antes maduramente, no fuera con ello á excitarme el apetito de extender mi análisis á los 476 versos de que consta la total *Epístola ad Pisones*.

Y ahora, vista la inanidad del Código tradicional del Arte en lo tocante á doctrina del poético sentir, recurramos al seguro asesor del verdadero curioso: interroguemos á la Naturaleza.

Madrid, 1895.

(1) Véase mi CURSO DE CLÍNICA GENERAL.—Tomo I, desde el prólogo inclusive hasta la pág. 112.